

Todo es culpa de Shakespeare.

Si mi corazón no fuera un lastre educativo
y aprendiera de los errores de la sociedad.
No estaríamos aquí.

Y si vuelvo a ver a mis ojos
cristalinos,
buscando cobijo en este océano
de trágicas desventuras,
Juraré,
que por cada destello
pude ver la densidad de mis emociones.
No consiguió llevárselas la corriente.

Y por cada palabra que hilé,
a media voz,
no se atrevió a descoserla ni el viento.

Si escuchas entre las costillas de estos versos
mi alma susurrar,
dile que la marea sube, que no va a cesar.
Que me aprieta el cuello,
que me voy a desbordar.
Que deseche sus rencores en la más profunda nostalgia
y me dé una llave.
Que pare, está catarsis.

Y tú,
pequeño dramaturgo,
me dijiste desde tu confortable lejanía:

Te ahogas en un vaso de agua.

Nunca fui capaz de llenarlo.

Pero yo siempre estuve en mar abierto,

y no conocí otro lugar que la deriva.

Y si no hay nadie al timón

mucho menos al teléfono.

Soy un náufrago aferrado al destino,

coleccionista de intentos fallidos y

amante del dramatismo.

La luna, fiel confidente,

escuchó a los álamos murmurar,

y me gritó a sabiendas de su alevosía:

Ay mi pobre marinera que perdiste la cuenta de tus golpes de suerte

y el karma pasa factura. La banca siempre gana.

En este océano de trivialidades

no hallaras tierra firme. Y lo sabes.

Tal vez ya la encontraste. Quizá, tú la construiste.

Abunda la decadencia.

Cerré la puerta. PLAM. Portazo.

Hay demasiado ruido. No lo escuchan.

Me voy: con plomo bajo los hombros

no pesa más que la cabeza,

un tarro de imposibles edulcorados

Y una taza de disculpas pasadas.

Huelen. Se marchitan.

En este mundo todo es temporal.

No puede ser verdad.

Entonces,

hallé un nuevo lago de ideas,

Me embriagan la mente. Son eternas.

Soy

como un territorio aislado, con jerga propia

que declaro la republica nada más llegar.

No poseo leyes ni fronteras,

tan solo principios.

Huelo a jazmín, sosiego y cal.

natalie.